

LA VISIÓN DE LA NATURALEZA EN LOS EMBLEMISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVII

FRANCISCO JAVIER PIZARRO GÓMEZ

JOSÉ JULIO GARCÍA ARRANZ

Universidad de Extremadura

Si algo caracterizó la ciencia biológica europea del siglo XVII fue la progresiva desvinculación de la servidumbre a las viejas autoridades antiguas y medievales sobre el tema. Se generaliza una reacción contra la superstición, el prejuicio teológico y el principio de autoridad de los siglos anteriores, y se despierta el espíritu crítico paralelamente a una liberación de Aristóteles y de la Biblia. Poco a poco desaparece la visión trascendente y simbólica de los fenómenos naturales, y cualquier tentativa de avance en el campo biológico empieza a exigir el concurso exclusivo de la observación y de la experiencia, métodos de conocimiento cuyos primeros balbuceos arrancan de una fecha tan temprana como el siglo XII.

En efecto, la ciencia moderna venía ya gestándose desde la Baja Edad Media gracias a unas actitudes e iniciativas aisladas que empezaron a adquirir vigor y coherencia a lo largo del siglo XVI. Sus primeras manifestaciones maduras, sin embargo, no llegarán a concretarse hasta la centuria siguiente, momento en el que produce el complejo proceso conocido como "Revolución Científica". Se trata de un fenómeno que supuso la ruptura sistemática con el saber tradicional, sentando la base de la "Nueva Ciencia"¹.

Este acontecimiento afectó a todas las áreas del conocimiento, aunque no con el mismo ritmo y profundidad. En el ámbito que ahora nos interesa, el mundo de los seres vivos, observamos que los fenómenos de la Naturaleza empiezan a explicarse, no mediante principios metafísicos, sino mediante reglas de coherencia, o mejor, leyes de validez general. Galileo, Kepler o Descartes arrancan de los

1 José María LÓPEZ PIÑERO, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979, p. 371.

principios pitagóricos con el fin de "matematizar" la naturaleza: el mundo natural es una inmensa máquina que idealmente, en sus leyes, podríamos reconstruir nosotros mismos de forma artificial. El físico o el naturalista se traslada, por tanto, de los gabinetes de curiosidades y maravillas que proliferaron desde fines del siglo XVI, al laboratorio, donde se recrean y abstraen los fenómenos naturales hasta transformarlos en "modelos mecánicos". La antigua fórmula "conocer es contemplar" se transforma en "conocer es fabricar"². Veamos a continuación el modo en que esta nueva visión mecanicista y experimental de la naturaleza se proyectó en el ámbito de la Botánica y la Zoología a lo largo del siglo XVII.

Hasta mediados del seiscientos, al igual que vino sucediendo durante la Edad Media, los estudios de Botánica corrieron a cargo de médicos, y se limitaron a la tarea de recopilación y clasificación de datos. Junto al interés medicinal en identificar las especies para usarlas como remedios, los médicos-botánicos del siglo XVI compartieron con los lexicógrafos el interés humanista por identificar las plantas mencionadas en las obras recién impresas, especialmente las de Plinio, Aristóteles, Dioscórides y Teofrasto. Ello propiciará que la Botánica descriptiva —junto con la Anatomía— sea la primera vertiente de la Biología en ser estudiada desde las últimas décadas del siglo XV. Los primeros libros impresos de Botánica son casi todos herbarios prácticos, en los que, a las aportaciones de los autores clásicos, se añaden descripciones e ilustraciones de plantas locales.

El frecuente intercambio de información —ejemplares, dibujos y descripciones— que se genera entre los naturalistas permitió constatar muy pronto que, como ya anunciaron Alberto Magno o Rufinus, existían más plantas que las mencionadas por los antiguos. El asunto se desborda cuando empieza a llegar información de la flora, fauna, alimentos y medicamentos del Nuevo Mundo³. El resultado fue un aumento del número de plantas individuales conocidas, y el desarrollo de los jardines botánicos, que hasta entonces existían en monasterios, y que desde el siglo XVI proliferan en las Escuelas de Medicina de las ciudades universitarias. Se generaliza igualmente la conservación de plantas secas para su estudio en invierno.

La necesidad de identificaciones precisas condujo a concentrar la atención en la exactitud de las descripciones e ilustraciones. Los intentos de clasificación se basan en la apariencia externa, o aspectos artificiales como si es comestible o no, su olor o sus propiedades medicinales. Poco a poco las plantas empiezan a agruparse por apreciaciones intuitivas de semejanzas en su forma y hábitos.

2 Robert LENOBLE e Yvon BELAVAL, "La revolución científica del siglo XVII", en *Historia general de las Ciencias*, vol. II —La Ciencia moderna—, Barcelona, Orbis, 1988, pp. 219-221.

3 En cuanto a la aportación española y portuguesa, en especial de investigadores como Nicolás MONARDES, Francisco HERNÁNDEZ o GARCÍA DE ORTA, *Vid.* José María LÓPEZ PIÑERO, *op. cit.*, pp. 279 y ss., o Allen G. DEBUS, *El hombre y la naturaleza en el Renacimiento*, col. Breviarios N° 384, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 93 y ss.

Finalmente se ensayaron métodos de generalización, como el de Andrea Cesalpino —y su seguidor Joachim Jung—, quien trató de explicar las afinidades reales o sustanciales entre las plantas basándose en la nutrición como función vegetativa fundamental. Ello hizo reconocer a finales del siglo XVII, frente a las descripciones empíricas, la necesidad de un sistema "natural" de clasificación basado en la morfología comparada, que culminará en el siglo XVIII con la propuesta de Linneo⁴.

En cuanto al mundo de los animales, el desarrollo de la ciencia zoológica humanista se basará en la recuperación y divulgación de obras de la Antigüedad, y se servirá de la imprenta como una de sus principales armas para la difusión de los conocimientos legados por los autores grecolatinos. Fruto de esta tendencia investigadora es la aparición durante el siglo XVI de una serie de "naturalistas de gabinete" o "eruditos polígrafos", tales como Conrad Gesner o Ulysses Aldrovandi, exponentes de un "naturalismo humanista" que basa más el avance de la ciencia zoológica en la glosa de los textos antiguos que en la experimentación directa o personal. Constituyen sus obras farragosos cúmulos de citas de muy diversa procedencia, desde las fuentes más antiguas hasta los precedentes inmediatos, en los que el afán de recopilación de la información disponible concederá muy poco espacio a las observaciones personales y a la crítica de las fuentes utilizadas. Tal vez sean sus numerosas ilustraciones, tomadas del natural y, por lo general, de excelente calidad, una de las aportaciones más interesantes de estos tratados.

Este humanismo naturalista persistió durante el siglo XVII, como demuestra la enciclopedia de John Jonston, publicada entre 1651 y 1665, y que depende en gran medida de las consideraciones de Gesner y Aldrovandi.

Mucho más fresca y viva será la información zoológica que aporten los viajeros y exploradores de la centuria. Los cronistas de Indias españoles, o investigadores como el médico Francisco Hernández, trajeron las primeras noticias sobre diversas especies americanas de animales y plantas desconocidas hasta entonces, empezando a poner de manifiesto las limitaciones de la zoología antigua. Viajeros franceses como André Thevet o Pierre Belon realizaron varias travesías por Asia, África, América y el Norte de Europa cuyas impresiones, en las que las descripciones personales predominan sobre cualquier autoridad, aparecieron en forma de crónicas o repertorios de animales ricamente ilustrados. Ya en el siglo XVII los trabajos del naturalista francés Carolus Clusius, las misiones científicas de Georg Marcgraff y Wilhelm Piso en Brasil, o la expedición de Jacobus Bontius a las Indias Orientales incrementaron considerablemente el inventario de animales y plantas conocidos. El viraje definitivo se produjo a finales de la centuria con las recopilaciones zoológicas de John Ray y Francis Willughby, en las que la literatura

4 De todo ello trata ampliamente A. C. CROMBIE, *Historia de la Ciencia: De San Agustín a Galileo*, vol. 2 (Siglos XII-XVII), Madrid, Alianza Universidad, 1988, pp. 233-39.

antigua ha desaparecido prácticamente para dejar paso a las primeras clasificaciones zoológicas racionales⁵.

Pero el siglo XVII no sólo experimenta un aumento cuantitativo de las especies animales catalogadas, un conocimiento más directo y fiable de su apariencia y costumbres, o una mejor clasificación de sus especies. Las Sociedades y Academias científicas europeas estimulan considerablemente los estudios de historia natural. La disección se practica a gran escala, lo que conlleva sensibles avances en la Embriología y la Anatomía comparada, especialmente en el campo de los animales vertebrados. Durante la segunda mitad del siglo, con la inestimable ayuda del microscopio, los avances se extienden igualmente a los seres invertebrados. Paralelamente, estos instrumentos contribuirán al desarrollo de la Fisiología a lo largo de la centuria —especialmente en los campos vegetativo, circulatorio y motor—, aunque debe reconocerse que no brillaron tanto los resultados cuanto la audaz experiencia metodológica que animó sus propósitos⁶.

Estos avances en las ciencias de la Naturaleza durante el siglo XVII se operarán con especial intensidad en aquellos países de religión reformada —Inglaterra, Dinamarca, Países Bajos— donde existió un clima más favorable para la investigación y el estímulo de estudiosos de primer orden. Una más modesta contribución aportará, sin embargo, el mundo católico —Francia e Italia—, siendo prácticamente nula la procedente de la Península Ibérica⁷. López Piñero⁸ ha sintetizado con especial claridad las causas de la ausencia española en el arranque de la nueva ciencia.

Después de muchas centurias de protagonismo hispánico en los foros europeos del saber científico —y tras el brillante papel jugado en la incorporación de la naturaleza americana a la ciencia occidental— una serie de obstáculos que se fueron consolidando a lo largo del siglo XVI aislaron la actividad científica española de las corrientes europeas y desarticularon su inserción en la sociedad. Ello provocó que la Revolución Científica tuviera que ser asimilada con retraso, en un lento y penoso proceso de aculturación. En la base de esta situación se encuentra una evidente crisis económica, social y

5 Sobre estos y otros aspectos de la evolución de la ciencia zoológica descriptiva a lo largo de los siglos XVI y XVII pueden consultarse A. C. CROMBIE, *Op. cit.*, vol. 2, pp. 245 y ss.; Paul DELAUNAY, *La zoologie au seizième siècle*, París, Histoire de la Pensée VII, 1962, passim; S. Peter DANCE, *The Art of Natural History*, Londres, Bracken Books, 1989, pp. 21 y ss.; Jean ANKER, *Bird Books and Bird Art. An Outline of the Literary History and Iconography of Descriptive Ornithology*, Copenhagen, Levin and Edgar Munksgaard, 1938, pp. 18-19; Georges PETIT y Jean THÉODORIDES, *Histoire de la Zoologie des origines a Linné*, París, Ed. Hermann, 1962, pp. 214 y ss. y 253 y ss. En cuanto a los estudios hispanos de la naturaleza americana vid. José María LÓPEZ PIÑERO, *op. cit.*, pp. 279 y ss.

6 Emile GUYÉNOT y Jean THÉODORIDES, "Ciencias de la Naturaleza", en *Historia general de las Ciencias*, vol. II -La Ciencia moderna-, Barcelona, Orbis, 1988, pp. 419-420.

7 Georges PETIT y Jean THÉODORIDES, *op. cit.*, pp. 242-243.

8 José María LÓPEZ P., *op. cit.*, pp. 372-274.

política generalizada, que fue especialmente temprana e intensa en nuestro país, y que condujo a una inevitable regresión en todos los órdenes.

Pero también debe tenerse en cuenta en este sentido la incidencia de una "reacción arcaizante" de especial rigidez, caracterizada por la represión y manipulación de las conciencias de las clases dirigentes. El mantenimiento del orden tradicional, imprescindible para la conservación de los intereses y prerrogativas de los grupos de poder, supuso la inmovilización de todos aquellos campos en los que las novedades podían suponer una amenaza desestabilizadora. La represión del cultivo de la ciencia por motivos de carácter político, social o religioso, que arranca del siglo XVI, alcanzó durante la centuria siguiente una mayor intensidad e intolerancia, dirigiéndose contra el cultivo de la ciencia de modo directo y explícito. Testimonio de esta actividad fueron los índices inquisitoriales de libros prohibidos y expurgados. A ello se unió la resistencia social a cualquier tipo de innovación, y la existencia de unas instituciones anquilosadas y cerradas a las contribuciones del resto de Europa, "refugio casi inexpugnable" de las doctrinas tradicionales⁹.

Esta situación fue, sin lugar a dudas, una de las causas de que el acercamiento a la historia natural en nuestro país se viera reducido, con muy escasas excepciones: a) a la traducción y anotación erudita del legado biológico de la Antigüedad con un aún muy escaso aparato crítico, b) a las misceláneas de curiosidades científicas y maravillas naturales, o c) al empleo de la visión trascendente y moralizada del mundo natural, basada en planteamientos medievales, con fines didácticos y doctrinales, ámbito en que deben incluirse los libros de emblemas. Pero existen toda una serie de factores que, al margen de la intransigencia política, religiosa y social, propiciaron esta visión conservadora e incluso retardataria de la Naturaleza durante el periodo barroco español. Trataremos de aproximarnos, de forma sintética, a cada uno de ellos.

Pero, antes de profundizar en tales cuestiones, debemos tener en cuenta que los libros de emblemas no constituyeron un subgénero literario totalmente aislado. El interés por la naturaleza favoreció en nuestro país a lo largo del siglo XVII la aparición de una nutrida serie de obras cuyo contenido, estructura o finalidad han permitido establecer vínculos más o menos evidentes con la literatura emblemática. Ya hemos mencionado la existencia de traducciones ampliamente anotadas de escritos biológicos de la Antigüedad y obras de miscelánea en las que, entre otras narraciones y maravillas de carácter pseudocientífico, se incluyen prodigiosas propiedades de plantas, animales y minerales. Ambos tipos de textos han de ponerse en relación con un gusto por lo extraordinario y —sobre todo los segundos— por la denominada "magia natural" o "filosofía oculta", perpetuación de los "libros de secretos" medievales, que, si bien había sido desplazado por el avance de la Revolución Científica, aún genera en nuestro país tratados de gran éxito a lo largo del siglo: pensemos, por ejemplo, en el padre Nieremberg. Ello corresponde en cierta manera a una especie de

9 José María LÓPEZ PIÑERO, *op. cit.*, pp. 388-389.

fenómeno *kitsch* tal y como Maravall lo definió para el periodo Barroco: "Una cultura vulgar, caracterizada por el establecimiento de tipos, con repetición estandarizada de géneros, presentando una tendencia al conservadurismo social y respondiendo a un consumo manipulado"¹⁰. Los contenidos de estas obras son muchas veces coincidentes con los empleados en los emblemas animalísticos hispanos.

Junto a los anteriores podemos mencionar repertorios moralizados de animales y libros de fábulas ilustradas, algunos de los cuales vienen siendo catalogados tradicionalmente como tratados emblemáticos. Estas obras nos resultan de gran interés al proporcionarnos una serie de datos que, si bien están ausentes de los prólogos y comentarios de los libros de emblemas —por lo general demasiado escuetos en cuanto al tema que nos ocupa—, nos sugieren sin embargo las claves para profundizar en la visión de la naturaleza que ofrecen los emblemistas del periodo. A ellos nos referiremos, pues, con frecuencia cuando analicemos en las siguientes páginas las corrientes del pensamiento que originaron el naturalismo moral del Barroco español.

Reactivación de la visión medieval del mundo

En primer lugar es preciso destacar el especial ambiente cultural que, desde la segunda mitad del siglo XVI, propició la recuperación o afianzamiento de la visión medieval del mundo: es lo que José Antonio Maravall definió como "un reverdecer de medievalismo en la literatura del siglo XVII"¹¹. Se desarrolla con nuevos bríos la visión trascendente y alegórica de la naturaleza que acompañó al pensamiento cristiano desde sus orígenes. En esta línea Peter M. Daly señala que el sentido moral o tropológico que el pensador medieval aplicaba a la Naturaleza —entendiendo este sentido como el que determina la conducta moral del hombre y le guía hacia la salvación— encontró su pervivencia en la mentalidad barroca, en la que los valores morales y la salvación aún permanecían íntimamente unidos¹². Esta visión metafísica de la Creación y el hábito mental de la alegoría llegó a integrarse de tal modo en la vida intelectual del siglo XVII que fue desalojada con suma lentitud y dificultad por la "rigurosa objetividad" de la ciencia de vanguardia¹³.

10 José Antonio MARAVALL, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1990, p. 184.

11 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas como técnica de acción socio-cultural en el Barroco", *Estudios de Historia del Pensamiento Español*, serie tercera (El siglo del Barroco), Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1984, p. 203.

12 Peter M. DALY, *Literature in the Light of the Emblem. Structural Parallels between the Emblem and Literature in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Toronto / Buffalo / London, University of Toronto Press, 1979, pp. 32-33.

13 John Rupert MARTIN, *Barroco*, Bilbao, Xarait Ediciones, 1986, p. 101.

Bien sabido es que la trasposición de la teoría platónica de "los dos mundos" al cristianismo —recordemos la máxima de Pablo de Tarsis "Las cosas que no vemos de Dios, se conocen por las que vemos obradas por Él en este mundo" (Rom. I, 20)— generó la doctrina de la Revelación, según la cual Dios, en cuya mente hizo morar Agustín de Hipona las ideas de Platón, se comunica con el hombre, no sólo mediante las Sagradas Escrituras, sino también a través de la Historia y la Creación. El mundo natural depende de Dios, que es su creador y ordenador, y, dentro de este esquema cristiano, se considera que Dios creó a todas las criaturas con un doble propósito: a) Como manifestación de su grandeza, poder, bondad, providencia y belleza; b) Puesto que las cosas creadas son ilustración de los atributos y perfecciones divinos, son también signos de oscuro significado que es necesario descifrar con el concurso de todos los saberes disponibles para poder aproximarnos a Su conocimiento. Hay por tanto que conocer con profundidad las cosas visibles, pero no para gozar de su materialidad, sino con la intención de trascenderla para así acceder a la divina inteligencia¹⁴.

Esta concepción del mundo natural, ampliamente difundida durante los siglos medievales, será recuperada en nuestro país con especial intensidad durante el siglo XVI gracias al pensamiento expresado en la literatura mística y ascética. Esta idea fue desarrollada con detalle por Emilio Orozco al establecer una vinculación entre la valoración de la realidad que ofrecen los pensadores místicos y el naturalismo alegórico que caracteriza la pintura barroca de nuestro país:

La amplitud temática que supone el Barroco en la pintura, la entrada con un valor independiente, como protagonista, del paisaje, los animales, las flores, las frutas y, en general de todos los elementos de la naturaleza, está ya realizado en algunos de nuestros escritores ascéticos y místicos. Y en una forma que no puede explicarse sólo por la visión simbólica de la naturaleza que ofrecía la tradición literaria medieval, porque va unida a una concepción del espacio y a una situación de punto de vista que supone muchas veces algo nuevo de sentido barroco y otras presupone el conocimiento que de la naturaleza ha conseguido el pensamiento y el saber renacentista¹⁵.

Esta valoración de lo natural y de todos los aspectos de la realidad conducirá a "la contemplación próxima y detenida de cualquiera de las criaturas" con el fin de trascenderla y "llegar incluso al arrebató observando sus bellezas y perfecciones, considerándolas en su vivir". Se trata, en síntesis, de un "sacar de las criaturas movimiento de amor a Dios". La consecuencia de ello resulta inevitable: la observación y descripción minuciosa de los elementos del mundo de la naturaleza y de la vida cotidiana a que se entrega el escritor místico le permite establecer comparaciones o metáforas que, arrancando de lo más humilde

14 Puede verse sobre este asunto Ernst H. GOMBRICH, "Icones symbolicae", *Imágenes simbólicas. Estudios sobre el arte del Renacimiento*, Alianza Forma 34, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 236.

15 Emilio OROZCO, *Manierismo y Barroco*, Madrid, Cátedra, 1975, p. 91.

e inmediato —flores, frutas, pequeños animales—, le permite explicar elevadas cuestiones de la vida espiritual¹⁶.

El escritor místico y ascético, ya utilizando los elementos de la realidad como símbolo, ya utilizándolo como elemento de comparación, ya como escalón o medio en el que considerar las perfecciones o bellezas del Creador, en todos los casos se detiene y ahonda buscando rasgos y cualidades, valorando, en consecuencia, también la realidad de lo no humano (...) ¹⁷.

Todos estos planteamientos aparecen tratados con gran amplitud en la primera parte de la *Introducción del Símbolo de la Fe* de Fray Luis de Granada, el primero y más importante de los escritores religiosos hispanos que recurrieron al mundo de la naturaleza con fines catequéticos.

Para este escritor la aproximación a las criaturas de la naturaleza constituye un rastreo de "(...) la infinita sabiduría y omnipotencia del que las crió, y la bondad y providencia con que las gobierna"¹⁸. Además de permitir un acercamiento al conocimiento de Dios, este proceso nos servirá:

- a) (...) para darle gracias por sus beneficios, cuando consideráremos que toda esta tan gran casa y fábrica del mundo crió este soberano Señor, no sólo para la provisión de nuestras necesidades, sino mucho más para que por el conocimiento de las criaturas levantásemos nuestros espíritus al conocimiento y amor de nuestro Criador, mirando que toda esta tan grande casa con tanto aparato de cosas fabricó Él, no para sí (...) ni para los ángeles, que son espíritus puros y no tienen necesidad de lugar corporal en que estén, y mucho menos para los brutos (pues era esto cosa indigna de tal artífice), sino para sólo el hombre (...) mostrando claramente que todas las cosas van enderezadas al uso y provecho del hombre.
- b) (...) para esforzar nuestra confianza. Porque considerando el hombre cuán perfectamente aquella infinita Bondad provee de lo necesario a todos los animales brutos, por pequeños que sean (como es la hormiga, el mosquito, la araña y otros semejantes), verá claro cuánta razón tiene para fiar de Dios, que no faltará a la más noble de sus criaturas (...) en lo que fuere necesario para la provisión de su cuerpo y santificación de su ánima.
- c) (...) para dar a las personas espirituales materia copiosa de consideración, mirando en las criaturas la hermosura, la sabiduría, la bondad y providencia de su Criador y gobernador¹⁹.

Todos estos puntos de vista se convertirán en lugar común de la introducción de los tratados españoles sobre historia natural a lo largo del siglo

16 Emilio OROZCO, *op. cit.*, pp. 92-93.

17 Emilio OROZCO, *op. cit.*, p. 94.

18 Fray Luis de GRANADA, *Introducción del Símbolo de la Fe*, Salamanca, M. Gast, 1583, p. 122 de la edición de José María BALCELLS, col. Letras Hispánicas, 296, Madrid, Cátedra, 1989.

19 Fray Luis de GRANADA, *op. cit.*, pp. 122-123 de la ed. citada.

XVII, ya se tratara de autores religiosos o laicos. Ferrer de Valdecebro, por ejemplo, afirma que escribió su tratado:

(...) para que se rindan veneraciones al de Dios, admirable en sus obras, y creación de los animales, que perfecciones tantas embevio en la irracional naturaleza²⁰.

Gerónimo de Huerta comienza su traducción de los libros de Plinio con el séptimo,

(...) desde el qual empieza a tratar de la naturaleza de los animales, en quien se muestra mas la providencia y subtileza grande de naturaleza, y resplandece mucho la omnipotencia de Dios²¹.

La visión del mundo como jeroglífico divino

Pero, como ya hemos adelantado, los pensadores cristianos consideraron que la divinidad se nos manifiesta de forma oscura, y la Naturaleza —al igual que las Escrituras—, en cuanto que reflejo de Dios, se encuentra repleta de enigmas y símbolos cuya correcta interpretación resulta necesaria para poder acceder al conocimiento de Dios. El carácter enigmático del lenguaje divino lo hace rico en posibilidades de lectura, y esas dificultades a la hora de interpretarlo generaron —paralelamente al desarrollo de la exégesis bíblica— la tradición de la visión alegórica de la naturaleza.

Esta teoría tuvo su origen en el testimonio de una serie de autores paganos de la Antigüedad tardía que, interpretando de forma distorsionada los signos jeroglíficos de los egipcios, pensaron que aquellas pictografías constituían una forma ideográfica de escritura usada por los sacerdotes para anunciar las revelaciones de la sabiduría divina²². Estas concepciones se trasladan a los textos cristianos durante los siglos II y III de nuestra era en enclaves como Alejandría y diversas ciudades sirias, en donde la actividad de teólogos como Clemente y Orígenes se desarrolló en un ambiente sincrético de fusión de elementos orientales de origen judío, hindú o egipcio²³. El resultado fue un interés hacia la naturaleza entendida como revelación del poder y la sabiduría oculta de Dios, concepción mística y alegórica que determinará la visión del mundo durante toda la Edad Media.

20 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general, moral, y politico, hallado en las fieras, y animales sylvestres*, Madrid, Antonio de Zafra, 1680, "A quien leyere".

21 Gerónimo de HUERTA, *Traducción de los libros de Caio Plinio Segundo, de la historia natural de los Animales*, Alcalá de Henares, Iusto Sanchez Crespo, 1602, f. 2 r.

22 A. CHASTEL y Robert KLEIN, *El humanismo*, Barcelona, Salvat, 1964, p. 77; Edgar WIND, *Misterios paganos del Renacimiento*, Serie Iconológica 1, Barcelona, Barral Editores, 1972, pp. 22 y ss.; Mario PRAZ, *Imágenes del Barroco. Estudios de Emblemática*, trad. de José María PARREÑO, Madrid, Siruela, 1989, pp. 24-26; GONZÁLEZ DE ZÁRATE, *Horapolo: Hieroglyphyica*, Madrid, Akal, 1991, pp. 21-29.

23 Florence MCCULLOCH, *Mediaeval Latin and French Bestiaires*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1960, pp. 17-18; Francis KLINGENDER, *Animals in Art and Thought to the End of the Middle Ages*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971, pp. 91-2.

La idea de que los jeroglíficos egipcios eran depositarios de una sabiduría hermética, cuya clave fue mantenida en secreto por el orden sacerdotal para ocultar al vulgo su conocimiento de las realidades divinas, fue potenciada por los humanistas europeos del siglo XV —en especial los círculos neoplatónicos italianos— a partir del "descubrimiento" de la *Hieroglyphica* de Horapolo²⁴. Este fenómeno tendrá una importante trascendencia como factor fundamental en el origen de la literatura de emblemas²⁵.

Pero muy pronto la moda de los jeroglíficos alcanza a la literatura cristiana de carácter didáctico-moral o alegórico-doctrinal. Fue Giovanni Pierio Valeriano, cuya *Hieroglyphica* constituye una actualización y ampliación del repertorio de Horapolo, el primer humanista que conecta los jeroglíficos renacentistas con la alegoría cristiana al incorporar la tradición del simbolismo natural medieval²⁶. La consecuencia es la aparición, desde los últimos decenios del siglo XVI, de una serie de tratados de esquema muy similar, obra de autores sacros que derivan los significados simbólicos de plantas y animales hacia el terreno de la alegoría moral o doctrinal.

En el siglo XVII hispano esta moda se traduce, no sólo en un empleo amplísimo de la obra de Valeriano en la literatura de temática naturalista —incluyendo los emblemas de plantas y animales—; se observa la reactivación de una sistemática insistencia en la vieja idea de que la Naturaleza es un conjunto de oscuros símbolos cuya interpretación puede aproximarnos a las verdades divinas. Los testimonios son continuos:

Porque Dios, que quiso retratarsenos con aquella su Magestad y purpura, nos dio una copia suya en la naturaleza, prendandonos en ella su grandeza, y abreviando como en cifra su incomprehensibilidad²⁷.

24 André CHASTEL, *Arte y Humanismo en Florencia en la época de Lorenzo el Magnífico*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 104.

25 A este tema se consagran numerosos trabajos —Ludwig VOLKMANN, *Bilderchrriften der Renaissance. Hieroglyphik un Emblematik in ihren Beziehungen und Fortwirkungen*, Leipzig, K. H. HIERSEMANN, 1923; Karl GIEHLOW, "Die Hieroglyphenkunde des Humanismus in der Allegorie der Renaissance, besonders der Ehrenpforte Kaiser Maximilian I", *Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des allerhöchsten Kaiserhauses*, XXXII, 1915, pp. 1-232; G. BOAS, *The Hieroglyphics of Horapollo*, Bollingen Series XXII, Nueva York, 1950; Giovanni POZZI, "Les hieroglyphes de L'Hypnerotomachia Poliphili", *L'emblème a la Renaissance*, París, Société d'Édition d'Eseignement Supérieur, 1982, pp. 15-27; Calude Françoise BRUNON, "Signe, figure, langage: Les Hieroglyphica d'Horapollon", *L'emblème a la Renaissance*, París, Société d'Édition d'Eseignement Supérieur, 1982, pp. 29-47; Daniel RUSSEL, "Emblems and Hieroglyphics: some Observations on the Beginnings and the Nature of Emblematic Forms", *Emblemática* vol. 1, N° 2, 1986, pp. 227-43. GONZÁLEZ DE ZÁRATE, *loc. cit.*—, o los correspondientes capítulos de diversas revisiones panorámicas —Peter M. DALY, *op. cit.*, pp. 11-21; Alison SAUNDERS, *The Sixteenth-Century French Emblem Book. A Decorative and Useful Genre*, Genève, Librairie Droz, 1988, pp. 71-95.

26 Mario PRAZ, *op. cit.*, pp. 25-26.

27 Juan Eusebio NIEREMBERG, *Curiosa, y oculta filosofía*, Alcalá de Henares, María Fernández, 1649, p. 2.

Dixo bien, Letor mio, el que dixo, que era este mundo un Libro grande: en cuyas paginas espaciosas con caracteres (sic) de varios colores, à querido darsenos a estudiar la Sabiduria Divina. Es cada Naturaleza de las criaturas, un Geroglifico: y en cada Geroglifico se cifra un documento de bien vivir²⁸.

(...) porque, siguiendo el Autor à la naturaleza (que tan gran ingenio solo pudo tener por Preceptor à la naturaleza misma) los geroglificos, y enigmas que ella escrivì con las plumas de sus Aves, con ellas mismas los declara, y explica, reduciendo con arte ingeniosissimo à practica las ideas de la naturaleza, en que se encerravan tan arcanas, profundas, y reconditas doctrinas²⁹.

Al trasladarse la idea a los libros de emblemas, los enigmas naturales divinos son también comparados con las empresas y divisas. Saavedra Fajardo, por ejemplo, escribe al respecto:

A nadie podrá parecer poco grave el asunto de las Empresas, pues fue Dios autor dellas. La sierpe de metal, la zarza encendida, el vellocino de Gedeón, el león de Sansón, las vestiduras del sacerdote, los requiebros del Esposo, ¿qué son sino empresas?³⁰.

En cualquier caso, se establece una clara diferenciación entre el carácter enigmático de empresas y emblemas, conocido el hecho de que los segundos suelen acompañarse de comentarios explicativos en tanto las primeras carecen de ellos. En su segunda regla sobre la elaboración de las empresas, Juan de Horozco especifica:

(...) se comprehende para huyr de la obscuridad que dezimos, el ser necessario que en las empresas no aya figuras fabulosas, sino es de algunas tan conocidas, como la Ydria, y el cavallo Pegaso, y que no sea de animales incógnitos, o yervas que no fueren muy conocidas, ni de otra cosa que aya menester colores³¹.

Pero la cosa cambia, sin embargo, cuando las normas se aplican a los emblemas:

La quarta, que en las Emblemas puede aver libremente figuras fabulosas, y de animales no tan conocidos, y de propiedades que sean de admiración y las sepan pocos. Y la razon es, porque en la Emblema se pone todo, figura y declaración, lo que no es en la empresa, que no ha de aver mas que figura, y aunque tenga letra, queda mucho a quien lo ha de entender; mas en la Emblema ponese primero la figura, y despues en la letra propiedad: y llamo letra lo que se pone como en las nuestras junto con la figura, declarando el concepto cumplidamente³².

28 Francisco GARAU, *El sabio instruido de la naturaleza en quarenta máximas políticas, y morales*, Madrid, Antonio González de Reyes, 1677, "Al lector".

29 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general, moral, y politico. Hallado en las aves mas generosas, y nobles*, Madrid, Bernardo de Villa-Diego, 1683, "Aprobación de el Doctor Don Francisco Andres de Palacios".

30 Diego de SAAVEDRA FAJARDO, *Idea de un principe político christiano*, Milan, 1642, "Al lector", p. 8 de la ed. de Francisco Javier Díez DE REVENGA -*Diego de Saavedra Fajardo: Empresas políticas*, Barcelona, Planeta, 1988-.

31 Juan DE HOROZCO y COVARRUBIAS, *Emblemas morales*, Zaragoza, Alonso Rodríguez, 1604, libro I, f. 47 r.

32 Juan DE HOROZCO y COVARRUBIAS, *op. cit.*, libro I, f. 53 y 54 r.

Recuperación de recursos didácticos y doctrinales medievales

El conocido decreto de la sesión 25 del Concilio de Trento, que tuvo lugar a finales de 1536, propugnaba la utilización de la imagen visual como instrumento propagandístico de captación personal a través de la imagen. En este proceso de adoctrinamiento de las masas conforme a los preceptos trentinos, basado en la explotación de la técnica de reproducción y multiplicación de la imagen devocional en virtud del grabado, jugará un papel decisivo la Compañía de Jesús estimulada por la idea ignaciana de la "aplicación de los sentidos, para ayudar a la imaginación a representarse a sí misma en los más mínimos detalles y circunstancias de significado religioso"³³.

El concilio trentino pretendió inicialmente basar el adoctrinamiento contrarreformista en el "decoro" u "honestidad histórica" de las imágenes, consistente en un realismo histórico-crítico en torno a los textos evangélicos que se correspondía con un naturalismo en las representaciones. Pero esta sincera exposición de la verdad religiosa será muy pronto sustituida por una retórica típicamente barroca, con todos sus recursos y trucos de propaganda, con un barroquismo deslumbrante que sustituye al realismo³⁴. Esta retórica barroca recurrirá, en su afán de consolidar y difundir los dogmas de la fe católica, a la recuperación de mecanismos didácticos y doctrinales medievales, lo que contribuye a la reactivación de los contenidos y argumentos del naturalismo moralizante y alegórico de la Edad Media³⁵.

Tal visión cristiana de la naturaleza nace de la densa tradición anterior de escritos biológicos grecorromanos, en concreto los referidos al mundo de los animales. Aparte de la fabulística, y las noticias faunísticas incluidas en diversos escritos morales y satíricos, debe destacarse el papel jugado por dos corrientes del pensamiento zoológico antiguo.

- a) En primer lugar debemos reseñar el gusto generalizado por lo fantástico y maravilloso que se extendió a partir de la obra de Aristóteles de Estagira, y que culmina con los escritos de Plinio, Claudio Eliano, Opiano, Plutarco o Julio Solino. Esta literatura se detiene en los contenidos más anecdóticos e intrascendentes del comportamiento de los irracionales, configurando una especial "psicología animal" consistente en a) atribuir a los animales cualidades y defectos característicos del ser humano; b) establecer un complejo esquema de amistades y enemistades naturales entre animales, debido generalmente a la lucha por el alimento; c) atribuir a las bestias una "sabiduría

33 Mario PRAZ, *op. cit.*, p. 196.

34 Alfonso RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, "Las 'Imágenes de la Historia Evangélica' del P. Jerónimo Nadal en el marco del jesuitismo y la Contrarreforma", en *P. Jerónimo Nadal, S. I.: Imágenes de la Historia Evangélica*, Barcelona, Ediciones El Albir, 1975, pp. 11-15.

35 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas..." pp. 205 y ss.

mágica" que les permite predecir fenómenos meteorológicos o conocer las propiedades medicinales o maravillosas de determinadas plantas³⁶.

- b) También especial incidencia tendrá la visión del mundo animal que presentan algunos escritores estoicos —Claudio Eliano, Opiano—, y otros tratadistas de temas animalísticos como Plutarco. Estos últimos parten del principio de que la Naturaleza, entendida como divinidad universal más poderosa que todo lo demás, dota a los animales desde su nacimiento de una tendencia innata, no adquirida, hacia su propia conservación, poniendo a la vez a su alcance los medios necesarios para hacer uso correcto de sus miembros con vista a su defensa y supervivencia. Al contrario de lo que sucede con el hombre, el comportamiento de los animales es perfecto al no apartarse nunca del cumplimiento exacto de sus propios fines. De igual modo la naturaleza mantiene a todas las cosas ligadas entre sí, estableciendo atracciones o rechazos mutuos que los seres no pueden evitar³⁷.

Ambas corrientes se funden en el pensamiento cristiano dando lugar a una idea que sintetiza así Maravall:

Creados por Dios y obedientes sin libertad alguna a su ley, los seres naturales nos ponen de manifiesto en su existencia una misma ley moral, que por ser común a toda la naturaleza es válida también para los hombres. Este naturalismo moral, que se sirve del mundo de los animales para nuestra enseñanza, está en la base de todas viejas colecciones de apólogos medievales (...) ³⁸.

Ya dijimos que la interpretación alegórica de las Escrituras y de la Naturaleza nació en Alejandría y Siria durante los primeros siglos de nuestra era. De este ámbito surgió un pequeño texto anónimo conocido como *El Fisiólogo* y compuesto originariamente en lengua griega, que partiendo de las peculiaridades o propiedades de una serie de animales, plantas o piedras, las recubre de una intención alegórico-moral- doctrinal cristiana. Este opúsculo gozará de una enorme difusión e influencia posterior. Incidirá en la literatura patrística —especialmente los comentarios del Génesis de Ambrosio de Milán y Basilio Magno— y, con las adiciones de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla fundamentalmente, crece hasta desembocar en el fenómeno de los bestiarios a partir del siglo XII³⁹. Estas obras, unidas a las colecciones de sermones o *exempla* elaborados por los predicadores, se convertirán en la más amplia manifestación medieval del empleo de la Naturaleza como punto de partida para la transmisión

36 Francis KLINGENDER, *op. cit.*, pp. 90-1.

37 Vid. las introducciones al *De natura animalium* de Claudio Eliano de José VARA DONADO, —*Claudio Eliano: Historia de los animales*, Akal Clásica 18, Madrid, Akal, 1989, pp. 12-13— y a las *Cynegetica* y *Halieutica* de Opiano por Carmen CALVO DELCÁN —Opino: *De la caza; De la pesca*, Biblioteca Clásica Gredos 134, Madrid, Gredos, 1990, p. 29—. Ya Aristóteles de Estagira había establecido previamente un modelo teleológico de naturaleza según el cual todos los animales tienden a alcanzar la perfección que les es propia.

38 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas...", p. 209.

39 Florence MCCULLOCH, *op. cit.*, pp. 15 y ss.; Nilda GUGLIELMI y Ayerra REDIN, *El Fisiólogo, bestiario medieval*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1971, pp. 30 y ss.

de enseñanzas morales o nociones espirituales. La visión moralizante y alegórica de la naturaleza termina por extenderse a todas las variantes literarias y plásticas de la creatividad medieval.

Los siglos XVI y XVII conocen la edición de numerosas colecciones de *exempla* y apólogos medievales, lo que, según Maravall, "revela su congruencia con ciertos aspectos de la mentalidad barroca"⁴⁰. Igualmente la impresión de las grandes enciclopedias medievales permite la transmisión de numerosas narraciones fantásticas habituales en los bestiarios⁴¹. Mencionemos asimismo la estimación por las colecciones de fábulas —son frecuentes los elogios a Esopo en Saavedra, Garau o Mendo—⁴². Muy significativa, en fin, fue la edición en Roma —1587— de una traducción latina del *Fisiólogo griego* atribuida a Epifanio de Salamis⁴³, obra que goza de varias ediciones posteriores y revitaliza la presencia del texto durante la centuria siguiente.

Todo ello muestra cómo los escritores barrocos retoman la costumbre de la exposición de casos o narraciones concretas convenientes a la doctrina que se defiende para afirmar su validez y "mover" a los lectores: el ejemplo, entendido como "caso" verificado en el plano de los hechos y con la eficacia convincente que de ello deriva, no sólo deleita, sino que arrastra tras de sí. Conforman un ejemplarismo moral que es habitual en la literatura de emblemas, y en todos aquellos escritos barrocos que abordan el naturalismo moralizante y alegórico⁴⁴.

De todos los conceptos anteriores se hicieron eco diversos escritores hispanos desde fines del siglo XVI. En primer lugar, se deja muy clara la idea de que todas las criaturas de la Naturaleza, como obra de Dios, dependen absolutamente del destino que Él predetermina para cada una de ellas:

Naturaleza no es otra cosa sino 'la voluntad o razón divina, causadora de todas las cosas engendradas, y conservadora de ellas, después que se engendran, conforme a las calidades de cada una'. Y según esto, este nombre o vocablo, naturaleza (...), no sirve de más de representarnos la voluntad y mente de Dios, por la cual se hace todo lo criado y se deshace y resuelve a sus tiempos, y por esto se suele decir comúnmente que no se puede menear la hoja en el árbol sin la voluntad y consentimiento divino, de quien, como de fundamento y principio, emanan y dependen todas las criaturas racionales e irracionales, sin salir de esto la más mínima de ellas. Bien sé que no faltarían filósofos, que, oyendo estas definiciones, dijese que hay una *natura naturans*, y que ésta es el mismo Dios, y que otra es *natura naturata*, la cual es el efecto natural que por su voluntad se hace y obra en las criaturas⁴⁵.

40 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas...", p. 205.

41 José Julio GARCÍA ARRANZ, "Los bestiarios medievales como fuente de los emblemas animalísticos europeos de los siglos XVI y XVII", *Actas VIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Mérida, Editora Regional 1993, vol. II, pp. 679-687.

42 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas...", pp. 207-208.

43 Santiago SEBASTIÁN LÓPEZ, *El Fisiólogo atribuido a San Epifanio*, Madrid, Tuero, 1986, pp. XV y ss.

44 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas...", pp. 209-211.

45 Antonio de TORQUEMADA, *Jardín de flores curiosas*, Salamanca, Juan Baptista de

Nos reencontramos, pues, con la vieja idea estoica de que Dios proporcionó a las criaturas de la naturaleza —muy especialmente a los animales— un instinto y sabiduría que les permite desarrollar a la perfección los fines para los que fueron creados:

Hermosísimos criò Dios los animales, y à cada uno dio una lampara encendida de un conocimiento natural, que alumbra el apetito, y le endereça en el bien del todo⁴⁶.

Porque vemos (...) que todos los animales brutos hacen todo aquello que conviene a su conservación tan a su propósito como si tuvieran razón, y sabemos que carecen de ella, luego tenemos de confesar que hay una razón universal y una suma sabiduría, que formó todos estos animales con tales inclinaciones que, sin tener razón, hagan todo aquello que les conviene, tan acertadamente como si la tuvieran. Porque, poniendo ejemplo en una cosa, ¿de qué otra manera hicieran su nido las golondrinas, si tuvieran razón, que como lo hacen? Y ¿de cuál otra manera repartieran tan igualmente el trabajo de la creación, sino como lo reparten?⁴⁷

Este comportamiento perfectamente adecuado a los fines de su existencia fue proporcionado por Dios a los seres vivos, no sólo como manifestación de su poder y sabiduría, sino para ponerlo al servicio del hombre:

Estando Dios gozando de su misma esencia, tan glorioso, tan fuerte y grande, como es ahora, y lo será eternamente para comunicar su gloria, y manifestar su poder, dando principio al tiempo, y ser a lo que no le tenía, criò el mundo, de lo que no era, con artificio admirable, y compostura hermosa." Y añade "(...) adornò la tierra de yerbas y diferentes plantas, y criò grande diversidad de animales, poniendo por Virrey al hombre hecho a semejança suya con poder para gozar de todo⁴⁸.

Este servicio al ser humano se traduce en varios aspectos. Por un lado *los animales* nos ofrecen unas enseñanzas eminentemente prácticas: siguiendo la tradición zoológica antigua, se sigue considerando a las criaturas naturales ejemplo vivo en la predicción de fenómenos meteorológicos, o en el empleo de ciertos medicamentos o remedios basados en el uso de determinadas plantas:

Y aun podríamos decir que la medicina los animales la mostraron a los hombres, pues vemos que muchos dellos se curan y buscan remedios sin maestros ni médicos; y los hombres, si no es lo que oyen o aprenden, no saben otros remedios. Por lo qual, con razón dize Plinio, en el libro octavo, que muchas medicinas y remedios han de agradecer los hombres a los animales, de quien las aprendieron⁴⁹.

Terranova, 1570, p. 105 de la ed. de Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1983.

46 Lorenzo de ZAMORA, *Monarquía mística de la Yglesia*, primera parte, Madrid, Luis Sánchez, 1604, p. 731.

47 Fray Luis de GRANADA, *op. cit.*, p. 113 de la ed. citada.

48 Gerónimo de HUERTA, *op. cit.*, *Introducción*, pp. 1 r. y v.

49 Pedro MEXIA, *Silva de varia lección*, Valladolid, Juan de Villarquirán, 1551, vol. I, p. 817 de la ed. de Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989.

No solamente bastó el instinto natural de algunos de los animales para conocer las propiedades de algunas cosas y medicinas dellas, pero muchos dellos, assí de los de la tierra como aves, sienten y tienen conocimiento de las mudanças de los tiempos que han de venir (los vientos, las lluvias y tempestades, y assí también de la serenidad) y dan ciertas señales dellas a los hombres (...)⁵⁰.

¿(...) quien ay que los de mejores (consejos) para conservar la vida? Segun el tiempo mudan el lugar, no comen ni beven mas de lo necesario: no duermen sino el tiempo suficiente para la salud: guardan orden en el exercicio y reposo: conoce cada uno las cosas que le dañan, y aprovechase de los medicamentos que le son necesarios. Finalmente todos viven contentos con su naturaleza y assi para todo se puede tomar exemplo de sus propiedades⁵¹.

Porque segun el mismo Philosopho (Aristóteles), las obras de los animales tienen grande semejança con las de el hombre, endereçandose todas a un mismo fin, que es su conservacion; y dellos aprendemos medicina, las mudanças de los tiempos, y otras muchas cosas (...)⁵².

Y, lógicamente, son abundantísimos los testimonios que proponen al mundo natural, además, como un repertorio que proporciona innumerables símbolos vivientes de las realidades morales:

Todas las cosas animadas o inanimadas son hojas deste gran libro del mundo, obra de la Naturaleza, donde la divina Sabiduría escribió todas las ciencias, para que nos enseñasen y amonestasen a obrar. No hay virtud moral que no se halle en los animales. Con ellos mismos nace la prudencia práctica. En nosotros se adquiere con la enseñanza y la experiencia. De los animales podemos aprender sin confusión o vergüenza de nuestra rudeza, porque quien enseña en ellos es el mismo Autor de las cosas⁵³.

Declararse han tambien algunas cosas dudosas, que como secretos de naturaleza sera razon advertirlas, tomando exemplo para vivir bien: pues no solo criò Dios los animales, para que tuviessen por señor al hombre sino para que tambien el hombre sacasse dellos provechosa doctrina: porque en contemplar las propiedades y costumbres de los animales, se toman exemplos a los quales se rinden todos los que puede fingir la consideracion humana, y en ellos con autoridad de naturaleza, madre de todas las cosas, se ofrecen verdaderas muestras, y admirables retratos de virtudes, no falsas, fingidas, o inconstantes, sino ciertas, verdaderas y perpetuas: tales, que el tiempo no las trueca, ni la vida las descompone⁵⁴.

Sebastián de Covarrubias se lamenta de ello en sus *Emblemas morales*:

50 Pedro MEXIA, *op. cit.*, vol. I, p. 821 de la ed. citada.

51 Gerónimo de HUERTA, *op. cit.*, *Introducción*, f. 3 r.

52 Diego de FUNES y MENDOÇA, *Historia general de aves y animales*, Valencia, Pedro Patricio Mey, 1621, Prólogo al lector.

53 Diego DE SAAVEDRA FAJARDO, *op. cit.*, empresa 43, p. 274 de la ed. citada.

54 Gerónimo DE HUERTA, *op. cit.*, *Introducción*, f. 3 r.

Vergüenza nuestra es, que los animales brutos, nos enseñen a ser piadosos y fieles, y hazer otros actos que estan puestos en razon, y en policia (...) ⁵⁵.

Pero la naturaleza no sólo instruye al lector al general. Es igualmente escuela de Príncipes y ministros, tal y como se asegura en los siguientes pasajes:

(...) porque solo quien sabe, y conoce las propiedades de la naturaleza, puede naturalmente ser Politico con propiedad.

El primer Maestro que desta facultad la Antigüedad nos ofrece, es Moyses, los cinco sagrados libros del Pentatheuco, que con asistencia divina compuso, son la Politica mas soberana (tan alto es el origen de la buena Politica) y Moyses, demás de ser erudito en la Philosophia, lo fue en el conocimiento de las Aves: como quien entendia la misteriosa, y arcana causa de admitirlas, ò repudiarlas en los Sacrificios, segun las costumbres, que simbolizavan: que esto de ser el primer Politico, es para quien es gran Especulador de la naturaleza.

Entregòse la (sabiduría) de aquel Monarca (Salomón) a la contemplación de la Philosophia natural; por esso su regimen fue el mas pacifico, el mas ajustado, y el mas feliz que conociò Israel, y su Politica la mas util, la mas verdadera, y la mas santa.

Se llega a considerar el ejemplo que nos proporcionan los animales como recurso extremo que permita aplacar la crisis económica y política del país:

Estas desdichas lastimosas, y calamidades que à nuestro siglo siguen, me ha obligado à buscar en los irracionales enseñanza, sacándola de sus nativas propiedades, para que triunfe gloriosamente la virtud del vicio; la verdad del engaño ⁵⁶.

Puede afirmarse, como conclusión de todo lo anterior, que

Son los Animales indicio de los movimientos celestes: De ellos se captan los presagios: En ellos se hallan las imaginaciones, y figuras de las Esferas: Su consideracion es mas prestante, que la de Cielos, y Astros: Hallase en ellos la etica, y la politica: Son simbolo de varias virtudes; y en muchas cosas es su discipulo el hombre; y essa es la razon, porque los propuso Dios a la contemplacion humana. Y porque dellos se sacassen exemplos de varios artes, y su naturaleza sirviesse de escala para la demonstracion de Dios, que en ellos ostentò una maravillosa providencia para nuestra doctrina; tal es en ellos su estructura, su industria, sus sentidos, su variedad (...). Y como dellos se sacan varios medicamentos en la naturaleza, también en lo politico, y moral diversas erudiciones, porque no solo fueron criados para la noticia Divina, ni solo para nuestro uso, sino para nuestra enseñanza ⁵⁷.

55 Sebastián de COVARRUBIAS, *Emblemas morales*, Madrid, Luis Sánchez, 1610, Centuria I, f. 27 v.

56 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... hallado en las aves mas generosas y nobles*, Aprobacion de el Doctor Don Francisco Andres de Palacios. A este mismo lugar corresponden los tres textos anteriores.

57 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... hallado en las fieras, y animales sylvestres*, Parecer del reverendíssimo Padre Maestro Fray Miguel de Cárdenas.

De este modo los libros de emblemas, y cualquier repertorio moralizado del siglo XVII hispano, aparecen repletos de propiedades más o menos verosímiles de animales y plantas que, convenientemente manipuladas, permiten defender y afianzar la validez de determinados conceptos morales, dogmas religiosos e ideales políticos propuestos por las conservadoras clases dirigentes. En las obras ilustradas, el poder de convicción de los ejemplos se refuerza con el de las imágenes, sintonizando con el papel persuasor del empleo de lo visual que se propugnaba en Trento. Finalmente, los emblemas suman a los dos anteriores un "factor de dificultad", un carácter enigmático que el emblema nunca perdió totalmente, y cuya resolución exige un esfuerzo que fija más persistentemente los conceptos en la mente. El propósito fundamental de estos recursos retóricos será el de persuadir y "mover" al lector en la dirección que el escritor desea⁵⁸. Y los autores no muestran reparos a la hora de mostrar estas intenciones:

Y si quisiésemos descender en particular a las habilidades de los animales, halláramos en ellos un espacioso campo, y larga materia para alabar, y bendezir a Dios⁵⁹.

Enseña el Autor en esta Obra verdades claras, y puras, persuadiendo a que se abrace virtud tan gloriosa, con vivos exemplares de las Aves, con varia, y hermosa erudición de la Escritura, Santos, y Filósofos, y con palabras tan sentenciosas, que apenas ay periodo en las Digressiones, que no las tengan, moviendo, y suspendiendo los animos con mas verdad, que las cadenas que pendían de los labios de Hercules (...) ⁶⁰.

De hecho algunas de estas colecciones moralizadas de seres vivos son propuestas como repertorios de sermones con el fin de que sean aprovechados por el clero en sus homilias. Ferrer de Valdecebro y Francisco Garau ofrecen al final de sus obras, respectivamente, una "Tabla de sermones varios de tiempo" y un "Índice de las materias predicables". El propio Ferrer de Valdecebro escribe al respecto:

Los Predicadores de Primavera se gastan ociosamente en flores el tiempo, el discurso, y la voz y dexan los coraçones de los oyentes, ò agostados, o invernicos, apostataran de tan necio empleo si os leyeran, y vieran como se han de usar de las flores de humanas letras, de virtudes de yerbas, y plantas; de propiedades de Animales, y Aves; con que adornais los conceptos, sutilmente tocadas, y arrimadas a los assumptos, que igualmente deleytan, enseñan y persuaden, que es el fruto y cosecha de la predicacion⁶¹.

58 José Antonio MARAVALL, "La literatura de emblemas...", pp. 218 y ss.

59 Diego de FUNES y MENDOÇA, *op. cit.*, Prólogo al lector.

60 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... Hallado en las aves mas generosas y nobles*, Censura, y aprobación del ilustrissimo, y Reverendissimo Señor Don Fray Antonio de Vergara.

61 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... Hallado en las aves mas generosas, y nobles*, "Al segundo Pablo, apóstol valenciano, San Vicente Ferrer".

Respeto hacia la autoridad de los naturalistas antiguos y medievales

Finalmente, otro factor que contribuyó al florecimiento y mantenimiento del naturalismo moral barroco fue un marcado respeto hacia la autoridad sobre los asuntos de la naturaleza que se concedió a los escritores antiguos y medievales. Ya sabemos que los exégetas, teólogos y autores de bestiarios y *exempla* recurrieron al legado zoológico y botánico de la Antigüedad para recubrirlo de un envoltorio moral y alegórico cristiano que ilustrara sus dogmas. Por tanto, si bien se observa entre los emblemistas y naturalistas hispanos un intento de crítica de las fuentes grecolatinas —aunque aún muy incipiente y limitado a aspectos muy concretos—, la reutilización cristiana de las maravillas narradas por los antiguos aporta garantías de veracidad a cualquier narración por pintoresca o fabulosa que nos pueda parecer. Por todo ello encontramos por doquier testimonios como:

(...) pero es muy dificultoso, y aun casi temerario querer corregir à los Antiguos, sino es mostrando con muy ciertas, y verdaderas señales lo contrario⁶².

(...) el que consultare las Aves deste Libro, el que atendiere à las voces dulcissimas de sus sentencias, el que reparare los gallardos, y veloces buelos de sus discursos, el que siguiere sus consejos, bien se puede prometer fausto, y feliz successo en sus intentos; con seguridad puede acometer las empressas morales, y políticas, ilustrando juntamente su entendimiento con indecibles luzes de doctrinas, porquè en èl ha recogido su Autor quantas grandezas, y amenidad contienen los Poetas, quanta gravedad eloquente los Retoricos, y Oradores, quanta fidelidad las Historias, y quanto todo genro de Antiquaria, y florida erudición sacra, y profana literatura acredita⁶³.

Se insiste en la *auctoritas* de los viejos escritores para sustentar la veracidad de los más fantasiosos y sorprendentes relatos:

Y yo le ruego, que no tenga por imposibles las cosas que en ella se dixeren: considerando por una parte, que Dios nuestro Señor quiso mostrar en ellos su omnipotencia con tan grandes maravillas; y por otra, la autoridad y experiencia de quien las escribe, cuyos lugares hallará en las margenes citados fielmente⁶⁴.

(...) porque siendo, como dize Plinio, tan grande la magestad de las obras de naturaleza, muchas veces sobrepuja la fee y credito humano, y es menester autores graves que las afirmen⁶⁵.

La crítica de los naturalistas hispanos del siglo XVII hacia los textos de los autores de la Antigüedad clásica se reduce a aspectos muy puntuales. Habrá especial oposición hacia las opiniones paganas que colisionan frontalmente con

62 Diego de FUNES Y MENDOÇA, *op. cit.*, p. 35.

63 Diego de FUNES Y MENDOÇA, *op. cit.*, Prólogo al lector.

64 *Ibidem*.

65 *Ibidem*.

alguno de los dogmas de la fe católica. El ejemplo más extendido es el de la capacidad de los irracionales para predecir sucesos o acontecimientos cuyo devenir es exclusiva responsabilidad del Creador:

Fue (y aun oy es) Ave de mal agüero (el buho); por esso los Gentiles supersticiosos, y engañados lastimosamente por el demonio, podian tenerle por agüero infausto. Los Catolicos, y Christianos, que conocen à un Dios, que lo gobierna, y rige todo, y que saben que todo cae debaxo su Divina Providencia, el bien, el mal, la dicha ò la desdicha, la salud, ò la enfermedad, la vida, y la muerte; porque han de dexar llevarse de una ignorante barbaridad, de sentir que cante el Buho sobre alguna casa, de que buele gimiendo triste, de que anide en el hueco de las troxes? Si el Señor permite los males, que conexion tiene con los males el Buho?⁶⁶.

Algunos emblemistas muestran en sus obras desconfianza hacia diversas narraciones de los naturalistas antiguos, escudándose en el hecho de que se trata de fábulas populares. Un ejemplo puede ser el siguiente de las *Emblemas morales* de Sebastián de Covarrubias:

Esta recebido en el vulgo que el Castor, animal quadrùpede y amphibio (...), siendo perseguido de los çaçadores, y de sus perros tiene un natural barrunto de que le persiguen, por solo sus testiculos, y assi se los corta con los dientes, y se los dexa. Bien me persuado a que esto es fabula, porque los buenos autores escriven tenerlos tan pegados al espinazo que es imposible llegar a morderse dellos: pero viene nos a proposito, en quanto sacamos de aqui una moralidad (...)⁶⁷.

También su hermano Juan de Horozco se manifiesta sobre algunos de los asuntos naturales que trata. Así, describiendo la empresa del rey francés Francisco I, consistente en una salamandra situada entre las llamas, nutriéndose de su calor, escribe:

Y aunque el propósito fue digno de tal Principe, no lo dixo bien la empresa, por seguir opinion falsa en lo de la Salamandra; aunque sea verdad, que por su frialdad pueda resistir algun tiempo al fuego, mas no para que se crie ni sustente del como el vulgo piensa⁶⁸.

En cualquier caso, Horozco, en sus reglas sobre la elaboración de las empresas, permite que se haga uso de narraciones y fábulas fantásticas de la Antigüedad, pues los lectores son conscientes de su falsedad:

Tambien es justo se huya de supersticiones que puedan creerse, aunque de fabulas y ficciones antiguas se hagan invenciones, porque en esso se sabe lo que es, y no puede hazer ese daño⁶⁹.

Se antepone enérgicamente, de igual modo, la autoridad de los autores eclesiásticos cristianos a cualquier opinión —proceda o no de la Antigüedad

66 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... Hallado en las aves mas generosas, y nobles*, p. 256.

67 Sebastián de COVARRUBIAS, *op. cit.*, centuria III, f. 217 v.

68 Juan de HOROZCO Y COVARRUBIAS, *op. cit.*, libro II, f. 160 v.

69 Juan de HOROZCO Y COVARRUBIAS, *op. cit.*, libro I, f. 50 r.

pagana— que no sea coincidente con ella. Un ilustrativo ejemplo no lo ofrece Francisco Marcuello:

Vagantes dize que los que interpretan el verso de David que avemos referido, de los hijos de los Cuervos, que nacen blancos: que porque esto no se lo cuentan los autores antiguos, de la historia natural, aunque mas lo diga san Gregorio en sus morales, le parece no es verdadera esta opinion: y que esto se ha de entender de lo que Aristóteles, Plinio, y Eliano afirman de los hijos de los cuervos que hechan a sus padres de los nidos, y de toda la region donde ellos viven como atras se ha dicho. Y aunque este Doctor fue tan grande Philosopho, y medico como la fama que dexo y sus obras atestiguan, pero deviera vastarle la autoridad de tan grande santo como san Gregorio Doctor de la Iglesia, para no meter la hoz en mies agena, y contradezirlle⁷⁰.

También muy jugoso es el siguiente pasaje de Ferrer de Valdecebro sobre el ave fénix:

Aunque escriven muchos deste estraño y prodigioso Paxaro, que es fabuloso, sigo el corriente de los mas Santos, Filosofos, y Escritores, de que no lo es, y que lo ay⁷¹.

Añadiendo algunas páginas después:

Lo que vence, y avassalla mi discurso à dar credito à la verdad del Fénix, es, que San Epifanio no solo assienta en que le ay, sino que le describe, y pinta; assi el cuerpo, como la diferencia de el color de las plumas de las alas de que se viste, y de la cola, y tambien de que està coronada de hermosa, y flamante pluma, y que en los pies tiene espolones como el Gallo, que es reparo bien singular, para entender que no es fabuloso, sino verdadero todo lo que deste Paxaro de la Arabia se escribe⁷².

El respeto por las opiniones de las viejas autoridades llega a tal extremo que los autores barrocos llegan a verificar, a la vista de los animales o plantas reales, las cualidades fabulosas que se le atribuyen. Volvemos a un texto de Valdecebro sobre el pelícano para ilustrar esta idea:

Esta ave, mas celebrada, que conocida, se ha visto en esta Corte en la reciente fabrica del Buen-Retiro, entre otros muchos Paxaros estrajeros, que en èl huvo.

Tras una detallada descripción, añade:

Descrubre pelado el pecho, y en èl se manifiesta la llaga, que ella misma se haze para sustentar sus hijos, ò para darles vida muertos, ò para darles alimento vivos⁷³.

Otros autores, sin embargo, se muestran más transigentes, y llegan a reconocer que la referencia a determinadas historias fabulosas por parte de los

70 Francisco MARCUELLO, *Primera parte de la Historia Natural y Moral de las aves*, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet, 1617, f. 56. r.

71 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... hallado en las aves mas generosas, y nobles*, p. 178.

72 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... hallado en las aves mas generosas, y nobles*, p. 198.

73 Fray Andrés FERRER DE VALDECEBRO, *Gobierno general... hallado en las aves mas generosas y nobles*, pp. 199-200.

Padres de la Iglesia no respondía al deseo de confirmar su veracidad, sino al de recurrir a ellas como eficaz apoyo a sus argumentaciones. El padre Juan Eusebio Nieremberg nos habla así del ave fénix:

Los Padres de la Iglesia, S. Clemente, S. Ambrosio, Cirilo, Zenon, Tertuliano, y otros apoyan contra los Gentiles nuestra resurrección con el exemplo desta ave, no porque acreditassen su Historia, sino por la credulidad que el vulgo de los Gentiles tenia della; y ansi les apremiavan eficazmente con su fe falsa para que viniessen a la verdadera (...). Para este argumento no era menester que en su misma sustancia fuesse verdad el ave Fenix, sino que lo creyessen, aunque fuesse falso, ò por lo menos que entendiessen no era imposible⁷⁴.

Si bien los emblemistas hispanos muestran un respeto generalizado hacia las narraciones botánicas y zoológicas de la Antigüedad y la Edad Media, no sucede así con los significados morales o alegóricos que les ha proporcionado la tradición cristiana. De este modo, los emblemistas adoptan episodios naturalistas de los autores precedentes para proporcionarles un contenido moral o alegórico adaptado al mensaje de sus obras, ajeno al que le adjudicaron los comentaristas medievales.

Son muy escasas las excepciones a esta norma. Juan de Borja, por ejemplo, considera que el águila que vuela hacia el sol perdiendo sus plumas a causa del calor significa el poder de Cristo, entendido como Sol de Justicia, cuyo calor nos despoja de nuestros apetitos y pasiones y renueva espiritualmente a todos los que deseen aproximarse a él⁷⁵. Y Sebastián de Covarrubias interpeta que la imagen del ciervo que devora serpientes y a continuación bebe el agua de un manantial es imagen del pecador arrepentido que recupera la salud espiritual⁷⁶. Ello coincide con la idea de renovación a través de la penitencia con que los bestiarios alegorizaron ambos episodios. Y, en el mundo de las plantas, vemos cómo la azucena, símbolo de la pureza inmaculada de María en el arte cristiano medieval y renacentista⁷⁷, mantiene el mismo significado en otro emblema de Sebastián de Covarrubias⁷⁸.

Pero lo más habitual es que los emblemistas readapten o inventen los significados de sus motivos emblemáticos, aunque éstos procedan de la tradición anterior. La salamandra que habita en el fuego, que durante la Edad Media representaba al hombre casto y justo que se mantiene ajeno a las llamas de la lujuria o el pecado, es para Juan de Borja⁷⁹ o Francisco de Villava⁸⁰ alegoría de la constancia o la obstinación que vence todas las dificultades. Y el fénix, símbolo

74 Juan Eusebio NIEREMBERG, *op. cit.*, p. 10.

75 Juan de BORJA, *Empresas Morales*, Bruselas, Francisco Foppens, 1680, libro I, pp. 12 y 13.

76 Sebastián de COVARRUBIAS, *op. cit.*, centuria I, f. 90 r.

77 Louis REAU, *Iconographie de l'Art Chrétien*, París, Presses Universitaires de France, 1983, vol. I, p. 133.

78 Sebastián de COVARRUBIAS, *op. cit.*, centuria II, f. 133 r.

79 Juan de BORJA, *op. cit.*, libro II, pp. 276 y 277.

80 Francisco de VILLAVA, *Empresas espirituales y morales*, Baeza, Fernando Díaz de Montoya, 1613, parte II, empresa 49, p. 97 r.

medieval de la resurrección de Cristo o del alma cristiana, se convierte en emblema del envidioso en el tratado de Francisco de Villava⁸¹; Sebastián de Covarrubias llegará incluso a añadir una parrilla a la imagen del ave entre las llamas para construir un jeroglífico del martirio de San Lorenzo⁸². También resulta habitual encontrar en los emblemas significaciones plagiadas o inspiradas en emblemas anteriores, o bien procedentes de corpus simbólicos coetáneos, tales como las *Hieroglyphicae* de Horapolo o, fundamentalmente, Pierio Valeriano.

No quisiéramos finalizar este repaso panorámico sin incluir una breve reflexión sobre el empleo de la cita de fuentes literarias y gráficas en la emblemática barroca hispana.

Los libros de emblemas españoles, con notables excepciones como el documentadísimo tratado de Juan de Solórzano Pereyra, resultan bastante lacónicos en cuanto a la mención de fuentes empleadas. Esta escasez de referencias se agrava con el hecho de la irregularidad cuantitativa en su frecuencia de aparición —en unos emblemas no se cita nada y en otros las noticias de las principales autoridades sobre el tema en cuestión desbordan el comentario—, hecho que, aparentemente, responde al capricho del emblemista. Basamos esta afirmación en paradojas como la que detallamos a continuación y que sirve de conclusión a nuestro trabajo. Juan de Horozco y Covarrubias, refiriendo una supuesta costumbre del camello, animal relativamente exótico en nuestro país, afirma:

La propiedad del Camello de enturbiar el agua que ha de beber, porque de ordinario entra la mano en la fuente quando la halla clara, es tan conocida por la experiencia, que no tiene necesidad de la prueba de los autores⁸³.

Sin embargo Sebastián de Covarrubias, en un emblema sobre algo tan extremadamente cotidiano como la tela de araña, escribe:

El Araña del campo que haze su tela en los árboles de considerar con el artificio que le vide y teje, y deste primor y de las demas historias de la araña traia Aristoteles lib. 9 de Historia anima. Aeliano lib. I c. 21, Plinio lib. 11. c. 22, Plutarco en el libro de Solercia animalium⁸⁴.

RESUMEN

Durante el siglo XVII la literatura emblemática española presenta una visión conservadora e incluso retardataria del mundo natural, anclada en una interpretación trascendente y moralizante de las propiedades de animales y plantas claramente heredada de la tradición medieval. En el presente trabajo ahondaremos en las posibles causas de este fenómeno, que al margen de la

81 Francisco de VILLAVA, *op. cit.*, empresa 10, f. 19 r.

82 Sebastián de COVARRUBIAS, *op. cit.*, libro III, f. 126 v.

83 Juan de HOROZCO Y COVARRUBIAS, *op. cit.*, libro III, f. 126 v.

84 Sebastián de COVARRUBIAS, *op. cit.*, centuria III, f. 214 v.

acentuada intransigencia política, religiosa y social imperante en nuestro país a lo largo de la centuria, podrían cifrarse en:

- 1) Una reactivación de la visión medieval del mundo.
- 2) La interpretación de la naturaleza como jeroglífico divino.
- 3) La recuperación de recursos didácticos y doctrinales medievales.
- 4) Un renovado respeto hacia la autoridad de los naturalistas antiguos y medievales.

SUMMARY

During the seventeenth century, the Spanish literature on emblems shows a conservative and even a somewhat old fashioned view of the natural world, based on a transcendental and moralizing interpretation of the properties and values of animals and plants, which clearly belongs to the medieval tradition. In this paper, the authors deal with the possible causes of this phenomenon, which despite the political, religious and social fanaticism which was the norm in our country during that time, could be summarized as:

- 1) A revival of the medieval view of the world.
- 2) The interpretation of nature as a divine hieroglyph.
- 3) The recovery of medieval didactic and doctrinal methods.
- 4) A renewed attitude of respect towards the authority of ancient and medieval naturalists.

RÉSUMÉ

Pendant le XVII^{ème} siècle, la littérature emblématique espagnole offre une vision conservatrice et même retardée du monde naturel, fixé dans une interprétation transcendente et moralisatrice des qualités des animaux et des plantes nettement héritées de la tradition médiévale. Dans cet étude on approfondira les causes probables de ce phénomène, détachée regnant dans notre pays tout au long du siècle, pourraient se résumer ainsi:

- 1) Réactivation de la vision médiévale du monde.
- 2) Interprétation de la nature comme un hiéroglyphique divin;
- 3) Reprise des ressources didactiques et doctrinaux médiévaux.
- 4) Respect renouvelé vers les naturalistes anciens et médiévaux.

Palabras clave: Ciencia, Naturaleza, Emblemática, Barroco, Jeroglíficos.